

el rey no tenia ya necesidad de su ministerio, y, segun costumbre, se le insultó en los periódicos.

Á esos violentos ataques Franklin, demostrando con ello que estaba ya en perfecta posesion de sí mismo, contestó de la manera siguiente:

«Señor:

»Vuestro corresponsal, que se firma *Británico*, declamó violentamente contra el doctor Franklin, y le echa en cara su ingratitud para con el ministerio de una nacion que le ha otorgado tantas mercedes. Se le nombró maestro de postas en América, su hijo es gobernador, y se le ha ofrecido además un empleo de 500 libras esterlinas en la administracion de rentas de la sal, si queria abandonar los intereses de su país; pero ha tenido el descaro de permanecer fiel á su patria, siendo en la actualidad mas norteamericano que nunca. Como que en el gobierno de Inglaterra es axioma reconocido que cada hombre tiene su valor ó su precio especial, es claro que los ministros son gentes *tan torpes* que no han sabido hacer bastante en pro de aquel personaje. Su amo tiene tanta razon para quedarles agradecido como Rodrigo en la comedia, cuando echa éste en cara al boticario el no haber envenenado á Pandolfo; y es muy probable que puedan aquellos justificarse con las mismas razones que alega el boticario.

«*Rodrigo*. Me prometiste enviar al otro mundo á ese Pandolfo en menos de una semana; y ha pasado ya mas de un mes, y Pandolfo se pasea y me desafía.»

«*Fell (boticario)*. Es verdad; sin embargo lo he hecho lo mejor que he sabido. En varias ocasiones he propinado á se descreido mas veneno del que fuera menester para matar á un elefante. Pandolfo lo ha tragado dosis por dosis, y lejos de producir efecto el veneno, parece que al contrario se robustece la salud de aquel. Tiene una constitucion y una fuerza extraordinaria. Creo que no hay medio para quitarle la vida, sino se le corta el cuello; pero eso no es de mi incumbencia.»

«*Rodolfo*. Ya lo será mia.»

La causa seguida contra Franklin nos ha hecho adelantar hasta el año 1774; retrocedamos ahora, y trasladémonos de una vez al mes de Mayo de 1773, fecha memorable, cuanto que entonces se tomó sin mucha reflexion una medida que enemistó abiertamente á la América del Norte con Inglaterra.

Los negocios de la Compañía de las Indias iban de mal en peor; obstinándose América en no comprar té á la Compañía, los perjuicios que por la falta de compradores se irrogaban á ésta, se evaluaban en diez millones anuales. Los accionistas perdian un 50 por 100, y el gobierno por su parte perdía anualmente 500,000 libras esterlinas que le devengaran los derechos impuestos á aquel artículo. Lord North propuso conceder á la Compañía un draubac á todos los tés esportados «á las colonias británicas ó plantaciones norteamericanas.» Al propio tiempo quedaba aquella autorizada para esportar directamente de sus propios almacenes y de su cuenta¹. Subsistiria empero simplemente el impuesto colonial de tres peniques por libra, establecido en virtud del acta del Parlamento de 1767; mas el draubac permitia rebajar los precios hasta el extremo de que, pagando y todo los derechos, el plantador obtendria el té aun mas barato que si lo obtuviera por medio del contrabando.

Aprobóse la ley, sin oposicion ni discusion, como si únicamente la Compañía de las Indias estuviera interesada en aquel negocio. No se sospechaba que América podia llevar su puritanismo hasta el extremo de negarse á comprar té, siquiera fuese este muy barato.

La Compañía se dió prisa en aprovecharse de su nuevo privilegio, y en verano de 1773 fletó algunos buques, con destino á diferentes colonias, y estableció en cada puerto consignatarios ó agentes para vender té. Los mercados principales habian de ser Charleston, Filadelfia, New-York y Boston.

La resolucion que acababa de tomar el gobierno inglés, desagradó de una manera singular á los norteamericanos, quienes volvieron á sus antiguas acusaciones de tiranía contra la metrópoli; anunciando que si se resignaban á pagar el derecho sobre el té, echaríanseles presto encima el impuesto de ventanas, chimeneas, el impuesto sobre las tierras y sobre lo demás²; hubo motines aun antes de llegar los buques; mas en llegando estos, ¿qué hacer? Eso ponía en un conflicto á los partidarios de las libertades americanas, quienes conocian que, si se dejaba desembarcar el té, el consignatario pagaria los derechos, y despues, no se hallaria medio con que impedir la venta y el consumo de aquel artículo.

En esto, se adoptó la idea que sugirió una carta del comité de correspondencia de Massachusetts. Resolvieron pues oponerse al desembarque.

¹ Lord Mahon, tom. V, pág. 32.

² Pitkin, tom. I, pág. 263.

En Filadelfia se repartieron proclamas, que tenían por principal objeto prohibir á los pilotos de la Delaware, que hicieran entrar en el puerto cualesquiera buques que trajeran á los norteamericanos el *veneno de la esclavitud*. En Nueva York se fijaban carteles en los cuales se decía que no se traía té á los colonos, sino hierros forjados para ellos en Inglaterra¹. Tan récia y viva era la oposición, que asustados los consignatarios no quisieron aceptar el cargamento, y los buques se volvieron á Inglaterra, sin ser siquiera registrados por los empleados de la aduana.

En Charleston se desembarcó el té, pero no se permitió á los consignatarios hacerse cargo del mismo. Los colectores se apoderaron de la mercancía, y la sacaron á pública subasta, pero nadie se presentó. El té se pudrió en los almacenes.

En Boston, los patriotas que estaban al frente del movimiento, habían prometido á sus amigos de Filadelfia y Nueva York, que impedirían el desembarque del té, pero eso era más difícil de lo que aquellos creían. Tres buques llegaron á Boston. Los consignatarios eran amigos del gobierno, con cuyo apoyo estaban resueltos á no ceder.

Hubo meetings, y se resolvió prohibir la descarga de los buques. Se mandó á los capitanes de estos, que pidieran la libre plática á fin de regresar á Inglaterra, sin que la aduana registrara sus cargamentos, cuyas exigencias eran todas ilegales á la par que semi-revolucionarias.

Intimidados los capitanes, se resignaron á marchar. Mas el administrador de la aduana se negó á conceder la libre plática, sin que se hubiesen registrado las mercancías, y el gobernador dió la orden de impedir la salida de cualquier embarcación sin permiso de la autoridad civil. Sin embargo, durante muchas noches consecutivas, el pueblo de Boston estaba á la mira en el muelle para oponerse á cualquiera desembarque.

Durante esta situación violenta, que duró veinte días, los jefes populares tomaron la atrevida resolución de echar á perder el té en los mismos buques. Esto era arriesgar demasiado sus haciendas y su vida, no lo ignoraban aquellos; sin embargo con ellos estaba la opinión, y comenzaban á no retroceder ante la idea de una revolución.

En 16 de diciembre de 1773 un capitán de uno de los buques

¹ Lord Mahon, tom. VI, I.

fué enviado al gobernador, en su palacio de Milton, para pedirle el pasaporte.

La ocasión era solemne, la negativa era probable; de suerte que, en tanto que el pueblo reunido en la antigua iglesia de Old-South¹, aguardaba la respuesta, Josiah Quincy dirigiéndose á la reunión, habló en estos términos:

«No es el espíritu que en estos momentos nos anima, el que nos debe salvar. Lo que hoy vamos á hacer va á desencadenar acontecimientos, que exigirán de nosotros un espíritu muy diferente para salvarnos. Preved el resultado. Sueño es de un niño suponer que los sucesos de esta jornada terminarán con gritos de triunfo y con *hosannas*. No os forméis una ilusión acerca del valor é importancia de la cosa por la cual vamos hoy á combatir; no os engaños acerca del poder de aquellos que se han conjurado contra nosotros; no os obcequeis ante el odio y la sed de venganza por que revientan todos nuestros enemigos públicos y privados de allende los mares, y de los que están aun entre nosotros; la tarea que emprendemos no terminará sin la lucha mas viva y trabajosa. No debe confiarse el éxito á resoluciones ni arengas populares, ni á las aclamaciones, ni al ruido. No perdais de vista lo que puede acontecer. Presentid el resultado. Pesadlo todo, reflexionad mucho antes de tomar medidas que suscitarán en ese país el mas terrible conflicto que pueda haberse visto jamás².»

«Hemos puesto la mano en el arado, gritó una voz, y no retrocederemos³.»

Se recibió la respuesta del gobernador; era en sentido negativo. Inmediatamente se disolvió el meeting; pero en el mismo momento dos ó tres partidas de hombres disfrazados de Mohicanos abordaron los buques de la Compañía. En el breve espacio de tres horas, sacaron de las embarcaciones 340 cajas, las destrozaron y arrojaron el té al mar. Las pérdidas se evaluaron en 18,000 libras esterlinas, (450,000 francos).

«Todo se ha llevado á efecto con el mayor orden, con gran prudencia y con perfecta sumisión al gobernador» escribía John Adams. Escusado es advertir que lo último está de sobra.

Millares de espectadores asistían á esa ejecución, despues de lo cual se disolvió tranquilamente la multitud, sin que se insultara á

¹ Bancroft, *Amer. Rev.*, tom. III, pág. 538.

² Id. *id.* tom. III, pág. 538.

³ Pitkin, tom. I, pág. 264.

nadie. Todo ello obedecía á una consigna, todo estaba presidido por esa cordura popular que es tanto mas temible, cuanto que una sola palabra basta para desencadenar la tempestad.

Nadie se hacia ilusiones acerca de la gravedad de semejante acto; mas que una desobediencia formal, era aquello un insulto á Inglaterra, el guante arrojado á la madre patria. Era una revolucion: Así se comprendió en Inglaterra, que con leyes mas violentas aun quiso vengar la violencia de los habitantes de Boston.

Semejantes hechos llevan consigo una leccion. Estalla una revolucion en el momento preciso en que los dos partidos sobreescitados y apasionados se lanzan con la cabeza baja en brazos de la guerra civil, cuando no saben ver otro remedio que el de las armas. Á largas distancias, con sobrada ligereza, ciertos graves historiadores condenan las faltas y los excesos, concluyendo en tono magistral, que con la moderacion se habria salvado el mundo; sin embargo mientras no se haya encontrado la manera de corregir de su infatuacion á los príncipes, ministros y asambleas, en tanto que los depositarios de la autoridad hagan de su poder la medida de su derecho, nunca se evitará que un pueblo se subleve para reivindicar su libertad. Para poder ser justo, no hay que atender á la explosion, sino á las causas que la ocasionaron. Los verdaderos culpables son los que cargaron la mina, no los que pegaron fuego á ella. Miradas las cosas bajo ese punto de vista, los jueces mas severos estarán en favor de la revolucion americana, porque fueron ellos, la obstinacion del rey, la debilidad de lord North, y la pasion del Parlamento, para inducir á la rebelion á un pueblo que solo pedia la conservacion de sus libertades. Ahí está el grandioso carácter de la revolucion que engendró los Estados Unidos. No se descubren vestigios de ambicion, ninguna especie de egoismo preside el desenvolvimiento de aquella revolucion, para nada entran las pasionas mezquinas, solo en ella aparece majestuosamente un pueblo que resiste, que prefiere todos los males de la guerra á la servidumbre y á la infamia.

CAPÍTULO XII.

Bill del puerto de Boston.—Burke.—Congreso de 1774.

Se ha dicho en el capítulo anterior que el pueblo de Boston amotinado habia arrojado al mar las cajas de té de la Compañía. Eso aconteció en el dia 16 de Diciembre de 1773. Al llegar esas noticias á Inglaterra, produjose una indignacion general; y el despecho llegó á su colmo, no solo en el rey y en el ministerio, si que tambien en el Parlamento y en el mismo pueblo. Tambien los pueblos adquieren hábitos de dominio, no siendo menos susceptibles que los reyes de ambicion y de orgullo. Cerca de diez años habia que una y otra parte bregaban para decidirse por la dominacion ó por la resistencia; los recientes sucesos de Boston eran como la última gota que hace rebosar la copa. Inglaterra, desafiada hoy, quiso acabar con aquellos colonos que menospreciaba, á razon aun de la paciencia y del respeto que habian estos tenido siempre á la legalidad. No faltaron baladrones que en pleno Parlamento declararan, como lo hizo lord Sandsvich, ministro del rey, que los yankees eran un hato de pícaros y cobardes, á quienes con solos diez mil hombres se les obligaria á volver á entrar en sus madrigueras. Esas palabras lastiman para siempre la susceptibilidad de un pueblo; el mismo Washington, despues de las primeras manifestaciones del poder de un pueblo que lucha por su libertad, habia hallado una respuesta á aquellas insensatas palabras; respuesta que debia hacer ver al noble lord la inmensa capacidad de que estaban dotados los norteamericanos al tratarse de defender su hogar y sus libertades.

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 8.